

CAPÍTULO VI

LA SOCIOLOGÍA: ENTRE LA NOSTALGIA Y LA UTOPIA 1979-1987*

El pobre objeto de una ciencia incipiente

La sociología colombiana todavía vuelve la mirada a sus orígenes con la nostalgia de los exiliados. Vive inquieta en su presente. Ni ha expresado su utopía ni ha entrado en su tierra prometida. Adolescente, se mira y remira en el diario de sus aciertos y en la larga lista de intenciones y omisiones. Su espejo no es todavía esta informe sociedad, pues aún permanece apartada de su imagen por velos de miedo o de respeto, o por un excesivo anhelo de vivir en otros tiempos o mundos. Errancia e inquietud que, sin embargo, entrañan, como en sueños, una promesa.

El emplazamiento a a sociología es extensivo a la sociedad política. Acaso ¿qué libertad hay? ¿Qué democracia de veras? ¿Qué culto consagrado a la razón? ¿Qué aprecio común por la cultura, que no sea dádiva de mecenazgo? ¿Qué deseo plural de conocer y de reconocerse? ¿Qué propósito mancomunado de ser o de devenir en tal o cual dirección, con tal o cual carácter? Ensayos, balbuceos: eso es todo lo que nuestro deseo de fundir esta sociedad en el horno de los humanismos halla en este ser contrahecho.

* Publicado en Restrepo, Gabriel (1988 [2]) El contexto de este escrito registra un estado de ánimo que oscila entre el pesimismo, por el lento avance de la apertura democrática iniciada en 1982, y la intuición de una esperanza que llevaría a la Constitución de 1991. En lo personal, es un momento de tránsito entre un oficio temporal en el Estado (1982-1986) y el retorno a la Universidad, el cual coincidiría con un cambio decisivo del estilo de vida personal y de los modos de concebirme como intelectual y como académico.

En ausencia de densas configuraciones colectivas que no sean ritos huecos, la sociología medra en vericuetos. Nichos institucionales: burocracias donde es posible una intervención instrumental, innovar medios ante fines dados y, por tanto, fuera de discusión. O claustros donde profesores y estudiantes se dedican al ensueño de fines, sin el poder de los medios. O práctica sin reflexión, o reflexión sin práctica: tal es la situación corriente del entorno institucional de la sociología. O sea: Universidad que se remuerde en un vacío de acción, instituciones públicas que delatan, en la furia de su rutina, la entropía del pensamiento.

La investigación podría ser el medio, pero sólo cruzan ese río los solitarios o los locos. Como sucede con frecuencia, las instituciones, sin escapar la Universidad, a veces la primera, castigan al innovador, al que interroga, al que tuerce el rumbo, al que deshace los caminos trillados. Lo premian, como ha sucedido hace poco con un investigador¹, con la imbecilidad, con la impertinencia, con el celo de divas despechadas, con pequñeces, con abrumadoras cargas administrativas.

Como se dice en esa pesada, y a veces útil, jerga sociológica, la investigación no se ha “institucionalizado” en Colombia. Un país fatalista no precisa de averiguaciones. Como en *Crónica de una muerte anunciada*, ¿para qué el saber si el saber de una muerte o de una tragedia no puede mover la voluntad para evitar el designio? Allí donde corren sin tocarse ni mancharse, como trágicas paralelas, el saber y la acción, ¿no sería mejor no separarse de la común estulticia?

Una nación autoritaria no admite interrogaciones. Una comunidad aherrojada bajo la fórmula uniformante de un gobierno, una nación, una lengua, una religión, una ideología, no está educada para admitir variantes o diferencias. La escuela enseña a responder y a obedecer, pocas veces a asombrarse. Al ensoñador lo castigan por distraído. Al que pregunta lo llaman “capcioso”. Al que responde una pregunta con otra lo llaman “alzado”. Del niño inquieto dicen que “tiene un carácter rebelde”.

Si el espíritu de investigación no ha arraigado en general, si la investigación no se aprecia en su valor intrínseco, depurado de connota-

1. Al parecer, me refería a Manuel Elkin Patarroyo.

ciones instrumentales, mucho menos se ha afirmado el valor de la investigación social. Que haya investigación médica, pase. O natural: naturalmente. Pero ¿investigación social? ¿Para qué? ¿Acaso la sociedad está enferma o es mala?

El país queda preso en sus autorrepresentaciones, en un presente sin fondo. La fijeza de las formas políticas del Frente Nacional, su rigidez y su monotematismo ideológico dejaron como sedimento la sensación de que son peligrosos los ensayos o el cambio, a pesar de que el país se ha transformado en su base y está ansioso de nuevas formas que no han encontrado ni pensamiento ni, mucho menos, expresión.

No fue así en el principio del Frente Nacional, y ello es muestra de la ironía de la historia. El Frente Nacional fue, en realidad, un cambio, y un cambio importante en sus inicios. Pero, aparte de amansar a una buena parte del país en su indómita violencia, y aparte de ciertos éxitos económicos y sociales, sus declaraciones iniciales fueron más radicales e imaginativas que sus realizaciones: reforma agraria, participación comunitaria, planeación, ciencia, educación y cultura, descentralización, fueron presupuestos que en buena medida se olvidaron o desvirtuaron dentro de un sistema político cada vez más adormilado en el cómodo reparto del poder, cada vez más desbordado, en su capacidad de respuesta y renovación, por una población que se salió de madre y de los moldes ideológicos tradicionales.

De allí datan las glorias y las angustias de los sociólogos. La etapa fundacional de la sociología coincidió con las esperanzas y las energías que despertaba la instauración del Frente Nacional. Manes de los comienzos animosos.

La obra de los fundadores

Entonces se convocó a los sociólogos a participar en un proyecto de reforma social que demostraría la virtualidad de la democracia continental frente al ensayo cubano, que introducía en terreno de América la guerra fría.

La sociología fue creativa ante esta invitación al cambio social. En 1959 se iniciaron programas académicos en la Universidad Nacional, en la Javeriana y en la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín.

Se fundaron los primeros institutos de investigación social y se llevaron a cabo numerosas investigaciones y publicaciones sociológicas. Sobresalieron dos estudios clásicos: *La Violencia en Colombia* (Guzmán, 1962) y *La familia en Colombia* (Gutiérrez de Pineda, 1963).

Pero este impulso perdió su causa cuando las confrontaciones entre la crítica sociológica y la razón de Estado trascendieron el plano del pensamiento. La historia del fracaso de este proyecto de afirmar la sociología como base de cambio social ha sido recordada en los años ochenta. En cierta forma, los sociólogos de la segunda generación comprendieron que necesitaban exorcizar el pasado para configurar una comunidad pensante y actuante. Y esto quería decir, ante todo, recuperar la obra de los fundadores y rehacer algunas líneas de investigación que habían perdido continuidad (estudios de comunidad y región, de familia y de educación, entre otros), ahora, es cierto, con mayor profundidad teórica y con una diversidad de enfoques metodológicos, gracias a los acentos clásicos que introdujo la reforma del departamento de sociología en 1968.

De este rito hacen parte algunas de las ponencias del libro que recoge los resultados del III Congreso Nacional de Sociología, realizado en Bogotá en 1980 y publicado por la Asociación Colombiana de Sociología en 1981: *La sociología en Colombia: Balance y perspectivas*. Con esta memoria se revivió una Asociación, que había estado activa de 1962 a 1967 y que había desaparecido en el marasmo sociológico típico de los años setenta. El renacer de un espíritu de comunidad rescató el sentido de identidad y la dirección profesional, valores que habían naufragado en tres lustros inanes.

De nuevo fue la Asociación Colombiana de Sociología la que organizó un homenaje a la figura de uno de sus fundadores, Camilo Torres Restrepo, con diversos ciclos de conferencias y con la edición de su tesis de grado, *La proletarización de Bogotá* (1987). Este libro fue, en el tiempo de su redacción, hacia 1957, pionero en el examen empírico y metodológico de la condición social de los trabajadores y de las familias pobres urbanas y puso de presente la necesidad de perfeccionar las estadísticas urbanas sobre ingresos y empleo. La edición completa de la obra se realizó en un momento en el cual los estudios sobre pobreza urbana y rural cobraron actualidad.

Otro de los fundadores, Orlando Fals Borda, ha llegado a su plenitud en los años ochenta con la publicación de los cuatro tomos de *La historia doble de la Costa* (Fals, 1979 a 1986). Estos volúmenes, que a la vez son “saga”, o recuperación de mitos y leyendas populares, y exploración científica de la historia regional, y que reúnen, por tanto, el impulso romántico y el espíritu científico, a veces confundidos, constituyen, sin duda, la obra sociológica por excelencia de dicha década.

Orlando Fals Borda muestra en esta indagación cuánto puede esperar la sociología de una aproximación mental a otras ciencias sociales, cuánto podría lograr con un mayor sentido de aventura y de imaginación, cuánto de un acercamiento a las expresiones estéticas, sean éstas populares o clásicas, y cuánto de un compromiso con las realidades específicas de la variopinta Colombia.

Si bien los discípulos pueden disputar sobre ciertos presupuestos epistemológicos o metodológicos como los contenidos en la reedición de su libro *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (Fals, 1988), también deberían asimilar aquellas virtudes y, con mayor razón, el ejemplo de una auténtica vocación por la investigación social, corroborada en distintos escenarios institucionales, no siempre propicios.

Un inicio de la asimilación crítica de la obra de Fals Borda está contenido en el libro *Ciencia y compromiso* (Cataño, 1987), que reúne cuatro comentarios sobre la obra del fundador, hechos como homenaje por sus discípulos o seguidores.

Otra obra de Gonzalo Cataño, *La sociología en Colombia: Balance crítico* (1986), condensa, por todo lo dicho, esta pauta de memoria activa, dominante en los últimos años. Memoria activa, porque el rastro del pasado contiene algo más que evocaciones. En su estilo singular, Cataño examina y controvierte las orientaciones corrientes de la sociología contemporánea, traza puentes entre la generación de los fundadores y la segunda generación, sugiere nuevos senderos y entroniza la crítica como medio para afirmar una comunidad sociológica.

La segunda generación de sociólogos

Si la década de los ochenta representa la plenitud de los fundadores, también constituye el momento de inicio de la madurez de la segunda

generación de sociólogos, es decir la de aquellos que se formaron en las escuelas nacionales de sociología en los años sesenta. Como se puede advertir por esta breve genealogía, la sociología colombiana todavía constituye un proyecto, aunque sin duda las manifestaciones de esta segunda generación, en esta década, anticipan un buen fin de siglo, si las condiciones del contexto social no son adversas.

En efecto, se puede registrar una diversidad de publicaciones, de temas y de enfoques en la producción sociológica de estos años. Alberto Mayor ha abierto un camino muy sugestivo y profundo de investigación sobre los problemas de cambio institucional derivados de innovaciones tecnológicas o de cambios en los modelos conceptuales con un excelente libro: *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (1984), libro que, por aplicar en forma creativa los grandes paradigmas sociológicos, valida el esfuerzo de reorientación intelectual emprendido en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional a partir de 1968.

Afrontar los problemas de la Colombia política contemporánea ha constituido un reto para esta segunda generación que se formó bajo el impacto de la muerte de Camilo Torres y que inverna en los años setenta en los claustros, en inestables oficinas de investigación socioeconómica o en algunas dependencias del Estado. En esta línea se ubican los trabajos de Álvaro Camacho Guizado, *Droga, corrupción y poder* (1981) y de Francisco Leal Buitrago, *Estado y política en Colombia* (1984). El esfuerzo pionero de estos investigadores se ha ampliado y se ha extendido a líneas de investigación continuas de las instituciones que lideran: el Departamento de Sociología de la Universidad del Valle y el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional. El primero ha organizado coloquios sobre problemas contemporáneos, que se han condensado en libros como *Colombia hoy* (1986). Sociólogos de estas dos instituciones, junto con otros investigadores, fueron coautores del libro *Colombia: Violencia y democracia* (1987).

Dimensiones regionales de la violencia han sido estudiadas por Alfredo Molano en dos obras que recuperan una rica herencia de trabajo de campo y que han llamado la atención sobre la importancia de volver la mirada a las historias de vida: *Los años del tropel* (1985) y *Selva adentro: Historia oral del Guaviare* (1987). Con otro enfoque y con centro en la región del Caquetá apareció otro libro de investiga-

dores de la Universidad Nacional: *Guerrilla, coca y colonización* (Cubides, 1986).

La relación de la sociología, la literatura y el periodismo ha ofrecido un campo de acción a los sociólogos, que aún necesitarían aprender mucho más del arte de la escritura y de la divulgación para sacudirse de una jerga muchas veces superflua. En esta perspectiva sobresale el trabajo de Víctor Paz O., *Elementos para una sociología impresionista* (1988), que traza un gran fresco de una región y una ciudad conflictivas y enigmáticas: el Cauca y Popayán. En la misma línea, la Asociación Colombiana de Sociología editó una colección de artículos publicados en el suplemento dominical de *El Espectador*, bajo el título *La sociología y el país* (1985), en la que tuvieron destacado papel el periodista Azriel Bibliowicz y el novelista Rodrigo Parra Sandoval, autor, por añadidura, de uno de los primeros libros sociológicos sobre la juventud colombiana: *Ausencia de futuro* (1985).

Los estudios sobre la mujer han sobresalido como nuevo tema y se han plasmado en publicaciones colectivas. Magdalena León compiló los libros *La mujer y el desarrollo en Colombia* (1977), *La mujer y el capitalismo agrario* (1980) y *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe: la realidad colombiana* (1982). Elsy Bonilla, presidenta de la Asociación Colombiana de Sociología en 1987, agrupó los ensayos del libro *Mujer y familia en Colombia* (1985). En la misma corriente de análisis de géneros o de grupos etéreos específicos se destacan los trabajos de Cecilia Muñoz Gamines (1980), *El niño trabajador* (1980) y *Los viejos* (1984).

Éstas son algunas muestras de la diversidad del trabajo sociológico publicado en la década. Hay otros campos y áreas de investigación que revelan una variada gama de publicaciones y que por razones de espacio no se reseñan, pero que constituyen una promesa para los años venideros: sociología de la ciencia, de la cultura, del conocimiento, de la religión y de la educación; sociología de los movimientos sociales, sociología rural, sociología urbana. En todas estas áreas es posible reseñar manifestaciones embrionarias. Todo esto es, sin embargo, promesa. Siembra cuya cosecha habría de recogerse en la década venidera.

¿Qué paradigmas teóricos y metodológicos predominan en la década? Por fortuna, la sociología se ha sacudido del dogmatismo y

de la unilateralidad de visiones que fueron características del pasado (funcionalismo en los años sesenta, marxismo en los setenta). Hay más libertad en la escogencia de enfoques y de temas, más imaginación. Esto no quiere decir que todavía podamos registrar algo así como el perfil de una sociología con un sello específicamente colombiano. Esto está por venir, y para ello habría que avanzar más seriamente en la asimilación de las corrientes mundiales de la sociología, en la comunicación con los colegas latinoamericanos, en la investigación de los problemas nacionales, en el trabajo interdisciplinario y en un estudio teórico que resumiera avances parciales.

Algo más sobre el contexto de la sociología

La sociología ha ganado espacio y reconocimiento como ciencia útil. Hoy no se concibe la planificación sin un conocimiento sociológico. En el Estado, la participación de los sociólogos se ha acreditado gracias al diseño y la ejecución exitosos de planes y programas elaborados por sociólogos. Pueden citarse algunos ejemplos: el modelo de educación conocido como Escuela Nueva, las campañas de educación comunitaria relacionadas con la salud, la participación comunitaria, los programas de microempresas, los diagnósticos y esbozos de programas en zonas de conflicto armado, los estudios demográficos...

Sin embargo, podría decirse que aún no hay la debida retroalimentación entre la práctica profesional, la investigación científica y la formación universitaria. Tampoco el Estado ha reconocido con suficiente claridad el papel de las ciencias sociales en el desarrollo. Sobre esto, por ejemplo, es ilustrativo que el primer crédito externo para investigación científica contratado por COLCIENCIAS con el Banco Interamericano de Desarrollo hubiera excluido a las ciencias sociales. También puede hallarse que es muy poco el uso de la preinversión para estudios sociales.

Por su parte, la formación universitaria todavía registra deficiencias notorias. El Estado debería apoyar en forma más decidida los programas de formación sociológica en las tres universidades públicas donde se enseña la sociología: la Universidad Nacional, la del Valle y la de Antioquia. Sólo en una de ellas, en la Nacional, se ha iniciado un

posgrado, con medios precarios. Las bibliotecas son pobres; las revistas discontinuas, las actividades de investigación irregulares, inexistente la extensión universitaria y escasos los seminarios y las conferencias abiertas al público. El trabajo interdisciplinario es casi nulo, y todavía predomina una chata visión parroquial de las profesiones.

De esta suerte, se puede apreciar que no existe aún ese matrimonio que debía existir entre sociología y sociedad. Nos parece que carecemos de una imagen precisa y racional de lo que somos. No hay, por ejemplo, un dibujo de lo que es el fenómeno del desempleo como vivencia humana, algo que vaya más allá de la enumeración estadística. No hemos reconocido la lógica de la supervivencia popular, urbana o rural. No sabemos qué pautas configuran el modo de ser de los científicos en la sociedad. Con todo lo que hayamos avanzado en este campo, no podemos precisar por qué subsiste la violencia como forma característica del colombiano. Si nuestro país ya es una nación de ciudades, con una generación de ciudadanos, no hay un conocimiento suficiente de las formas de vida urbana.

Con tales y tantos vacíos, se puede decir que Colombia marcha al dictado de la inercia. Como muchas veces se ha dicho, la nación carece de propósito o de proyecto. La tal “identidad nacional” no se ha reconocido. Lo que por “identidad” se predica es anacrónico: símbolos de otra época y de otra constitución formal y material, que no son válidos en una sociedad más diversa y plural de lo que creemos, muy rica en su energía y en sus manifestaciones espontáneas, y que todavía espera su reconocimiento.

Ésta ha de ser la obra de las ciencias sociales en conjunto. Pero todo ello no es más que la agenda de una utopía, de esa utopía que alguna vez formuló —¡quién lo creyera!— un poeta, Silva, en su novela *De sobremesa*, hace ya más de un siglo, cuando el personaje Fernández concibe el sueño de una sociología experimental que sirviera para transformar la nación. Porque lo cierto es que, sin un reconocimiento científico de lo que somos, jamás podremos regular por cuenta propia nuestro destino.

